

dice el profesor Morelli—, tras la traducción que ha hecho Dario Puccini, es un autor muy amado en Italia».

De Vicente Aleixandre («el primo» y el último Aleixandre) a Miguel Hernández, pasando por Alberti. La historia de la poesía española de posguerra, en Italia, viene a ser, en un cierto sentido muy estricto, la historia de la poesía española de la guerra. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

J. Leyva, circuncidado

Si el hombre es víctima de sus circunstancias, el escritor (y, en general, todo ente creador) es, además, víctima de sí mismo. En los anaqueles de cualquier existencia racional se amontonan las condiciones objetivas del medio, las herencias infrahistóricas, las relaciones personales, los recuerdos, los prejuicios, las frustraciones, las presencias concretas y las más o menos imprecisas esperanzas con que de algún modo se pretende acotar las hipotéticas parcelas de una realidad futura. Todo ello es patrimonio del hombre. Pero el escritor ha de contar, por añadidura, con un nuevo elemento vital: la necesidad de dar fe de la asimilación o del rechazo de sus propias circunstancias. El escritor —si lo es de verdad— no puede soslayar esa urgente y casi siempre dolorosa fatalidad. En toda obra literaria suele haber una considerable dosis de «strip-tease» mental. Por eso, a veces, el escritor siente, como César Vallejo, «un tiro en la lengua detrás de la palabra». O construye, como Marcel Proust, un ambiguo y armonioso microcosmos anfibiológico. O se plantea, como Leyva, un encuentro intemporal consigo mismo.

J. Leyva saltó hace casi un año a un pue-

to de excepción en la narrativa española contemporánea con *Leitmotiv*, considerable mamotreto que produjo en el lector no avisado una buena ocasión para el desconcierto pasivo. *Leitmotiv* carecía por completo de precedentes en nuestro devenir literario; y para encastrarlo en alguna zona propicia a la confrontación, hubo que recurrir a Kafka, a Gombrowicz, a Jarry, al «nouveau roman», a Beckett, e incluso a la plástica de los primeros surrealistas. Acaso lo único cierto era que en *Leitmotiv* J. Leyva había inaugurado un lacerante e interminable diálogo consigo mismo. Detrás de cada personaje —de cada rostro y, sobre todo, de cada hombre— se agazapaba un símbolo apenas transferible. En la médula de cada situación se ocultaba un retazo de autobiografía.

Esa intención autobiográfica es más palpable y, a la vez, menos explícita en *La circuncisión del señor solo* (1), obra que le ha valido a J. Leyva el Premio Biblioteca Breve 1972. El protagonista de la novela —un ser sin nombre, poseedor de un extraño mueble construido «expresamente para servir de lecho, de armario, mesa y reclinador, según las preferencias del usuario»— monologa en torno a la inminencia de una circuncisión obligatoria y a la presencia tangible —como hecho dado— de esa circuncisión. Unos fantásticos y amenazadores sacerdotes han decretado y puesto en práctica la imperiosa circuncisión de los varones y la inseminación de las mujeres mediante el injerto de semillas de girasol. La «acción transcurre en unas dimensiones intemporales; en los términos de un auto-colloquio disperso en el pasado, el presente y el futuro. «Mi propia tolerancia —ex-

plica, al principio, el personaje—, la amistad que mantengo conmigo mismo, no obedece a un sentimiento de afecto, sino a una simple fórmula establecida por la fuerza de la costumbre e impuesta sin otra justificación que mi ineludible existencia, cuando en determinado momento de mi vida expresé el deseo de considerarme mi propio amigo y no un extraño». El monólogo del hombre con su reflejo, la ininterrumpida y cotidiana convivencia del ser con su propia y a veces incognoscible entidad, la constante y sistemática compulsión del individuo con su individualidad, la categórica contraposición de dos presencias irreducibles y, sin embargo, reducidas a una sola, constituyen, en suma, la base primera y fundamental de cualquier posible situación autobiográfica. En *La circuncisión del señor solo* es el propio Leyva quien dialoga consigo mismo: él es su huésped, su amigo, su interlocutor, su memoria, su conciencia y su indefectible soledad. Porque la circuncisión legal —la manipulación por decreto inapelable sobre un órgano procreador, símbolo acaso de toda facultad creadora— sólo puede conducir a la soledad o al suicidio.

«Las cosas se suici-

dan. Los números se suicidan. Los muebles, que parecían eternos, se suicidan. Las palabras aullán y se suicidan inesperadamente; los árboles, la calle, el aire, todo se suicida como obedeciendo a una ley perentoria y universal...». El hombre circuncidado —anulado, uniformado, esclavizado por un monstruoso rito estatal— sólo es capaz de percibir un suicidio generalizado en los objetos, los seres y los conceptos. «La única forma que ahora poseemos para expresar nuestra incapacidad es el aullido, el rencor y la amargura se traducen en horribles ladridos, nuestra garganta sin eco transmuta en roncocos sonidos las palabras que no pronunciamos... Mi retrato recorre el vacío de la ciudad...». Porque más allá de los límites de la ciudad siempre existió el vacío.

El universo literario de J. Leyva es un universo cerrado, cívico, obliterado por un claro designio semántico. La «ciudad» es, como en el «pathos» político de la antigua Grecia, el único núcleo posible de convivencia social. Esta apreciación nos podría llevar demasiado lejos: a la «Civitas Dei», a la «Utopía» de Moro e incluso a la «Icarie» de Etienne Cabet. Y, sin embargo, no me parece

fútil ni gratuito aludir a este tipo de coincidencias. La «ciudad» es para J. Leyva una unidad simbólica, una célula marcada por la transitoriedad y la injusticia; el escenario forzoso de la circuncisión. La «ciudad» es el mundo. Y los dioses urbanos —circuncidados y crueles— convierten el diálogo del hombre consigo mismo en una ausencia sin solución. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

Novela de quiosco y cultura de masas

Si bien los cómics y otros productos de la industria subcultural han sido objeto en los últimos tiempos de diversos estudios teóricos y de análisis más o menos rigurosos, conectados en alguna medida con la realidad social española, la novela de quiosco, pese a ser un medio de gran audiencia, como puede comprobarse en las estadísticas del INLE, sólo ha merecido algún breve trabajo, casi siempre en forma de artículo aislado, sin otro interés que el de señalar la existencia de un amplio campo de investigación para sociólogos y estudiosos de la cultura de masas. Por ello es de agradecer la publicación de un reciente estudio (1) sobre la novela «subliteraria» en España. José María Díez Borque, becado para este trabajo por la Fundación March, es consciente de la necesidad de «replantearse esta cultura de los sectores menos favorecidos, sin dejarse cegar por ideas de aristocrático cultural, valores consagrados o monopolios tradicionales».

La primera parte de la obra está dedicada a encuadrar el fenómeno de la novela popular en

el ámbito de la cultura de masas y en la influencia mutua de los *mass-media*. Son páginas con abundantes citas y referencias bibliográficas, donde se recogen de manera apretada las generalizaciones teóricas de diversos autores —desde Dorflès y Eco a McLuhan, sin olvidar a Bell, Moles, Adorno o Morin— sobre la cultura de masas, gloriadas brevemente por Díez Borque y que sirve de excelente, aunque quizá demasiado extensa, introducción al estudio posterior.

La actitud pragmática ante la Literatura, la búsqueda de efectos que desean ser gozados inmediatamente, sin una fruición estética compleja, esa condición de «arte humano», que diría Ortega, es una característica esencial a la par que reveladora del proceso de consumo de la novela de quiosco. Para conseguir esos efectos se crea una industria subcultural, que inunda el mercado de productos idénticos con rígidos caracteres externos (portada de colores chillones y con dibujos «atractivos», poco más de cien páginas, formato «de bolsillo», impresión deficiente, etcétera) y que alcanzan tiradas asombrosas, obligando a los autores más populares a un ritmo de trabajo perfecto, para escribir semanalmente casi doscientos folios, por los que recibirá una cifra que oscila de cinco a diez mil pesetas.

Tras estudiar, mediante varias encuestas, el proceso de distribución y el origen social de los lectores, Díez Borque procede a una clasificación temática de la novela de quiosco, centrándose luego en el estudio de los dos géneros y autores de más éxito: la novela rosa (Corín Tellado) y la del Oeste (Marcial Lafuente Estefanía). El erotismo, a veces claramente sexual, es el tema central de las novelas rosas de Corín Tellado, junto con el ideal pequeño-burgués del ma-



(1) J. Leyva, «La circuncisión del señor solo». Premio de Novela Biblioteca Breve 1972. Seix Barral, Barcelona, 1972.

(1) José María Díez Borque, *Literatura y cultura de masas*. Ed. Al-Bornak. Madrid, 1972. 262 páginas.